



José Marín Cañas

Don Otilio

—¿Ud, qué cree?

No me contestó. Se había quedado mirando hacia sí mismo. En la mano tenía un juguete de antes de la electrónica. Se trataba de un artefacto de dos palos paralelos, que al ser apretado por uno de los extremos, hacía piruetear a un titiritero sostenido por un hilo tenso. La artesanía nacional había colocado un mono en el lugar del titiritero. Era un juguete muy apreciado en las "noches buenas" de los niños que no tienen "noche buena".

—¿Ud, qué cree? volví a repetir. Una sonrisa atollada de tristeza le contrajo la boca. Don Otilio era alto, flacucho y feo. No le extrañaba a él mismo todo esto. Se había acostumbrado a ser feo. Una vez dijo: "Yo no soy tan galán como Adolfo Menjou", pero la frase le resultó ñoña porque Adolfo Menjou fue un galán de las mocedades de don Otilio, y cuando la dijo, ya llevaba Menjou años de olvido y años de muerto. Se había muerto cinematográficamente y de verdad. Como se mueren, también, los perros, sin pena ni gloria.

—¡Si nos dejan votar!, contestó.

No confiaba en el contrario, aunque tenía esperanza de que el pueblo lo acompañara. San José había desplegado en las ventanas de las casas el "Diario de Costa Rica", abierto en las páginas del centro, con un titular a dieciséis columnas que rezaba: "Este es el hombre al que la patria entrega el poder hoy". Y aparecía un clisé afortunado de Ulate, hablando, con la mano levantada. Tenía desde entonces, la calidad de patricio. Por eso, cuando el Congreso lo hizo benemérito, ni leyó la nota. Otilio Ulate libró batallas dignas de un paladín aunque todos sus contrarios hiciéranse los desaprensivos y los desavisados. Como cuando le dicen a uno que va a llover y no lo cree.

En la tarde de aquel domingo de elecciones, la ciudad, como si explotara, se llenó de un viento azul. Parecía una invasión de "viudas" con sus alas azul eléctrico. ¡Era la victoria! Pero ahí comenzaron las noches tumultuarias, que barruntaban violencia. Las calles oscuras se llenaron de voces desesperadas; ¡Queremos votar!. Parecía la batalla de Otumba, vista en negativo. Así llegó aquel mal día. La radio de la pulpería de Birrí, en mi viaje a la finca, desganitaba en el pueblo, el "Duelo de la Patria". Ulate salvó la vida por milagro. De ahí a la Pená. Al caer la noche, el Gobierno le dio libertad a todo el grupo. El comandante del medieval y torvo edificio tuvo un gesto de gran

costarricense: "No salga, don Otilio, espere a las claras del día." Volvió a salvar la vida. Fueron días para él de renunciación. Renunció a todo: a la victoria, al poder, propuso nombres. Se trataba de salvar al país de la guerra. Nada sirvió. Los primeros disparos se oyeron en las quebradas de las montañas del sur.

Dieciocho meses después subía al poder para hacer uno de los más austeros, elegantes y finos gobiernos que había tenido la República. Después, el pueblo lo olvidó, ante la apantallante victoria de los guerreros del sur.

Se envejeció luchando por la patria. Aunque tenía más de ochenta años, la mente estaba despejada, acuciosa, vehemente y el corazón le ardía con el ímpetu de siempre. Fórmulas, arreglos, ataques violentos, desollando la realidad, el confuso caminar de aquellos días llenos de torpeza. Y luchando lo encontró la muerte. Si hubiera podido, habría continuado, aun muerto, como el Cid.

Alguien se me acercó pasado el sepelio. Era un viejo "alajuela" que vivía en San Roque, donde se quedó porque la Zeneida, que le había dado tres hijos varones, era del lugar y además tenía un terrenillo, unos chanchos y un poco de caña, que entregaba en un trapiche cercano. Me había oído, no muy bien pero, me había oído.

—Se nos fue el hombre, me dijo mientras me ponía la mano sobre el hombro. Asentí con la cabeza. Quería oír los últimos compases del "Duelo de la Patria", que aleteaban todavía sobre la multitud.

—Don Otilio fue un gran costarricense. No se cansó nunca de la lucha. Era de mucho fondo.

Asentí, emocionado de encontrar la calificación. "De mucho fondo", como el alazano aquél —agregó para terminar— que Ud. le había comprado a los Coto de Cartago. Buen "alajuela", como yo, que soy de La Agonía, ¿Se acuerda que agarraba el trote en Birrí y así llegaba hasta Paso Llano?

Claro que lo recordaba. Y así había sido don Otilio. "De mucho fondo" repetí mentalmente —como el alazano que tenía sangre brava y corazón firme. El cortejo se perdió en la calle lejana. Y como despedida, solamente acerté a repetir la frase de don Grabiél Miranda, el esposo de la Zeneida, que tenía un terrenillo en San Roque:

—"¡De mucho fondo!"

Me pareció que don Grabiél había escrito el mejor epitafio del Benemérito.